

randa finísima, de suntuosa decoración y alegres ventanas, que registran las amedidades de la vega legionense...

Quevedo fué puesto á buen recaudo á fines del año de 1639. El de 1640 transcurre lento y silencioso, gastando las esperanzas del prisionero. Lejos de entreabrírse, cerrábase más la jaula. Al año y diez meses de cautiverio, Quevedo empieza á seguir el consejo de Adán de la Parra, haciendo "del dolorido y del arrepentido", y acudiendo á su egregia casamentera, la condesa duquesa de Olivares, á quien había enderezado tan lindas epístolas, en súplica de que impetrase la misericordia del valido. No consiguiéndola, ya la solicita del mismo Duque con palabras francas y rendidas; y lejos de mejorar su condición y estado el humilde ruego, sirve para hacer su prisión más dura, pues le trasladan del piso alto, sano y de amplias vistas, al húmedo calabozo subterráneo, donde bien puede decirse que ganó la muerte, pues desde que baja á él, la vigorosa naturaleza

de Quevedo se rinde, y su complexión fortísima queda minada para derrocarce pronto en el sepulcro. Lo demuestra el pasaje del *Memorial* que, no desalentado aún, dirige el cautivo al Conde Duque. "Fui traído en el rigor del invierno sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, á este convento real de San Marcos de León, donde he estado todo este tiempo en rigurosísima prisión, enfermo con tres heridas, que con los fríos y la vecindad de un río que tengo á la cabecera, se me han cancerado, y por falta de cirujano, no sin piedad me las han visto cauterizar con mis manos; tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida. El horror de mis trabajos ha espantado á todos."

Por vez primera, en la historia de este hombre que ni tuvo afectos hondos ni penas íntimas, hallamos un dolor cierto, una tribulación constante, la adversidad tal cual la comprende el cristiano, revestido de la serenidad sobrehumana de Job el idumeo en su muladar. Anciano

y achacoso; sin más familia que la hermana Carmelita descalza, que sólo puede encomendarle á Dios; olvidado de muchos y aborrecido de más, Quevedo se siente solo consigo mismo, —compañía bastante para los fuertes, pero hasta para los fuertes triste— y con Dios —perpetuo compañero del alma purificada. Tenía aquella adversidad de Quevedo la nota característica de ser fruto de una acción buena en sí; Quevedo sabía que su sátira, tantas veces desgrenada meretriz, había volado con alas de águila al arrostrar las iras del poder y llorar la ruina de la patria; tal idea debió de sostenerle, debió de contribuir á fortificar su espíritu y templarlo para la resistencia.

Generalmente se cree que á la filosofía estoica debió consuelos. Si era estoicismo lo que á Quevedo sostenía, bañábale tan resistente capa de cristianismo, que más que *impasibilidad* parecía *resignación*.— En la soledad de su encierro, Quevedo ampliaba y retocaba el Discurso de “La constancia y paciencia del santo Job en sus

pérdidas, enfermedades y persecuciones,, y, naturalmente, la comparación entre estado y estado acudía á su pluma, dictándole esta sencilla y hermosa declaración de conformidad: “Quiero hablar de mi mismo: deberé á mi pluma lo que quien leyere deberá á mi ejemplo. ¿Supiera yo pedir á Dios, ó supiera alguna elocuencia persuadirme á que le pidiera por merced, estando huésped de un grande señor, de sesenta y un años de edad, crecidos de prisiones de doce años, de nueve de navegación y caminos, ya huésped molesto al cuerpo, con once heridas y las dos abiertas, que me prendiesen dos alcaldes de corte, con más de veinte ministros, y sin dejarme cosa alguna, tomándome las llaves de todo, sin una camisa ni capa ni criado, en ayunas á las diez y media de la noche, el día 7 de Diciembre, y en un coche con uno de los alcaldes y dos alguaciles de corte y cuatro guardas, me trujesen con apariencia más de ajusticiado que de preso, en el rigor del invierno, sin saber á qué ni por qué ni á dónde, caminan-

do cincuenta y cinco leguas, al convento real de San Marcos, en León, de la Orden de Santiago, donde llegué desnudo y sin un cuarto, y donde estuve seis meses solo en un aposento y cerrado por de fuera con llave; y adonde sin salir del convento he estado dos años, con que son catorce los que cuento de cárceles rigurosas; sin hacienda, sin correspondencia humana, muertos en este tiempo los criados que me servían, molestado con nuevas de que me habían cortado la cabeza, disfamado de las causas que daban á mi trabajo los noveleros, y del crédito que las daban mis enemigos? Nunca pusiera yo nombre de merced á alguna destas cosas: siempre huiera pálido de la menor: siempre consideradas juntas me fueran pasmo, y levemente referidas las padeciera asombro. Pues yo testifico en la presencia de Dios trino y uno á todos los que esta confesion mía leyeren, que en ninguna otra cosa en este mundo en mi favor se ha mostrado tan liberal su mano omnipotente. Acordóse de mi cuando me-

nos lo merecía, para que me acordase dél cuando lo había menester más. Permitted que me dejaran todos, porque de necesidad, cuando no de virtud, me volviese á él. No quiso que en abundancia de pecados, atesorando condenación, llegase al postrero día. Quiso (él sea bendito) cobrar mi penitencia en la moneda de los bienes de la tierra, que antes embaraza que enriquece. Mi remedio estuvo en que me quitó lo que yo debiera haber dejado, y me dió la medicina de que huía. Hízome discípulo de los trabajos... No es del todo forastero deste comentario ni deste lugar mi suceso, pues le escribo en la prision, donde estoy armando de paciencia mi corazón con estudiarla. Y proseguía: "El hombre en la dicha no se conoce; en la desdicha ninguno le conoce. ¿Quién duda que también al hablar de las llagas de Job y de su carácter redentor y expiatorio, pensaba Quevedo en las suyas propias? Permite el Señor á Lucifer que, después de habérselo quitado todo á Job, le toque en su carne y en sus huesos para

probar su paciencia, y Job se ve plagado de llagas y úlceras. "El se raía con una teja los gusanos, sentado en un muladar. Díganos desde su libro *De Patientia* Tertuliano, pues le estudió en éste, qué hacía Dios con este espectáculo. El lo enseña y pregunta: ¿Cuál otro artifice, sino Dios, fabricara de llagas y úlceras y de un esqueleto un carro triunfal? ¿Quién sino él, habilitando la podre y los gusanos para matiz y joyas, bordara con ellos la bandera de su victoria? De esta suerte, con pueril complacencia, el llagado Quevedo enumera las llagas ilustres: las de Lázaro, las de San Francisco, las que campean en la bandera de Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, y las de Cristo "en quien pasaron de nobles á endiosadas". Así se consolaba el prisionero, á tiempo de cauterizarse las úlceras con sus propias manos. No es esta la altiva impasibilidad del estoico—que se averdría mal con el carácter movible, impresionable y apasionado de Quevedo—sino la ingeniosa humildad del cristiano, que

se reconoce hombre, sensible, débil, accesible al consuelo, necesitado, en medio del dolor, y á falta de sus semejantes, de un Dios que le escuche.

En el propio estercolero del varón justo de la tierra de Hus, encontró Quevedo la perla de su obra moral *Providencia de Dios*, "doctrina estudiada en los gusanos y persecuciones de Job". El libro es contra los ateos y escépticos, y en él aspira Quevedo á demostrar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, únicas esperanzas del oprimido y del injustamente encarcelado. Admirable por su estilo, como prueba deja bastante que desear; sus argumentos son más rebuscados, sutiles y retóricos que sólidos y firmes. Mas lo que nos importa de ese libro es que descubre el estado de ánimo de Quevedo, lo titánico y resuelto de su lucha, el ardoroso esfuerzo de su naturaleza exuberante para no dejarse abatir, para no desmayar, para buscar tronco á que asirse, peña á que abrazarse, á fin de contrastar el embate de las olas. Queve-

do, tan admirador de la filosofía estoica, no fué verdadero estoico jamás, y menos cuando sufría: no es de mármol, es de carne; es un mísero, que necesita creer para no desesperar.

Indudablemente, inspiró el tratado de la *Providencia* el recuerdo de otra obra muy célebre en la antigüedad, hoy puesta en olvido: las famosas *Consolaciones* ó *Consuelos*, de Boecio, el heroico ministro de Teodorico; libro y autor paganos, donde palpitan los primeros soplos del cristianismo y la idea de la necesidad de una Providencia justa y reparadora surge del espectáculo de la injusticia y la iniquidad, para cerrar el camino á la blasfemia y á la maldición, y para contestar victoriosamente á la terrible duda de Claudiano.

Quevedo, en su prisión, planteó el mismo problema de la *responsabilidad divina*, y quiso representarse el orden de la creación, la armonía de la naturaleza, para juzgar que con el consejo de Dios se gobernaba todo, y no decir como el poeta

de la decadencia: "Empero, cuando veía los sucesos de los hombres revueltos en obscuridad tan tenebrosa, y florecer con larga duración alegres los malhechores, la religión fallecía en mí desmayada, y me parecía que esta distribución no tenía dueño, y que todo era acontecimiento frenético y caso desvariado," pues, como siente Menandro, "oprobio es de Dios cuando los malos son bien afortunados."

La apelación á la divinidad era quizá más legítima en Boecio, que, aunque pagano, estaba impregnado de cristianismo natural, y fué toda su vida varón justo, patricio dispuesto á sacrificarse por la patria, y mártir del deber. Sin embargo, y no obstante la superioridad moral de Boecio, hay cierta similitud ó analogía de situación que justifica el estado de ánimo de Quevedo y su diálogo, cara á cara, con la eterna Justicia, prestando grandeza y hermosura al sentimiento de su conformidad, y justificando la noble vanagloria con que afirma que el dolor sufrido, la injusticia sobrellevada, las llagas y lacerias

padecidas sin un movimiento de cólera ó de enojo contra la Providencia, son espectáculo que desconcierta al mal, y, según la enérgica frase de Tertuliano, produce en Dios risas de gozo.

Mientras recedita á Boecio desde su prisión, Quevedo no se duerme: escribe nuevamente al Conde Duque para ablandarle, quejándose de que todo le falta, la salud, el sustento, la reputación, la medicina. Pintase llagado, cadavérico, inofensivo por todos estilos y bueno sólo para rezar. "Ciego del ojo izquierdo, tullido y cecerrado, ya no es vida la mía, sino prolijidad de la muerte." No pide libertad: conténtase con que le muden de tierra y de prisión. "Pido mudanza de lugar: esto dice el Evangelio que Cristo se lo concedió á gran número de demonios que se la pidieron. Cuando mis costumbres los imiten á ellos, espero que la religión y misericordia de vuestra excelencia le imitará á él conmigo." Sin duda el valido tenía resuelto no degollar á Quevedo, como al principio imaginó el vulgo, pero sí dejarle ir

muriendo de sus enfermedades, unidas al tedio de la prisión. "Al cruel—decía Quevedo—jamás lo lisonjeó el ruego, antes le exaspera más el gemido."

Además de los trabajos y libros que tenía en marcha, servía de válvula á la devoradora actividad intelectual de Quevedo la correspondencia filosófica y moral con Don Juan Adán de la Parra, su grande amigo, "que sentía como propios sus quebrantos." Son estas cartas, realmente bellas aunque artificiosas y oratorias, el comentario familiar (no del todo familiar, y es lástima), de las adiciones al libro de Job y al tratado de la *Providencia*. En una de ellas emplea Quevedo imagen tan apropiada como linda para hablar de sí mismo. "El almendro amargo se vuelve dulce agujereando el tronco, porque por él liquida aquella amarga substancia que lo alimentaba." En efecto, el castigo y el dolor dulcificaron el ánimo amarguísima de Quevedo. "Con lo propio que me destruyen, me afirman," decía de sus enemigos.

Algo tienen las cartas de confesión: acú-

sase en ellas Quevedo de lo relajado de su vida anterior, justificación del castigo, y describe su cárcel con gráfica minuciosidad. Trasladado "por superior desorden," de la estancia en la torre, abrigada y clara, al aposento bajo, vive entre cuatro paredes tan húmedas como un manantial, tan oscuras, que allí siempre es noche, y tan frías que nunca deja de parecer Enero. "Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel," exclama el paciente. Para que no dudemos en la verdad de la descripción, nos entera Quevedo de las dimensiones de su nicho: veinticuatro piés escasos de largo, y diez y nueve de ancho. Nos pinta el horror de las dobles puertas como de fortaleza, el despeñadero de la escalera sombría, la escasez del mobiliario, reducido á una mesa, un lecho, cuatro sillas, un brasero y un velón, y, por último, el grave peso de los grillos, cruel incomodidad para el debilitado cautivo. "Pesarán los que hoy tengo de ocho á nueve libras, advirtiéndome que eran mucho mayores los que me quitaron.

Y con ser tan grande el defecto de mi pierna, y mayor con el peso y sujeción de los grillos, ando con ellos como si no estuviera cojo." Pocos renglones después de explicar esta tortura de los grillos, formula una máxima muy bella: "El hombre con su dolor es menos que su dolor; pero con Dios, es superior al dolor de que es capaz."

Puesto que el tiempo de la prisión es el momento de verdadera dignidad moral que hay en la vida de Quevedo, no des plazca al lector que me detenga en él. La existencia humana tiene su hora suprema, en que toda la significación, toda la energía y virtualidad del carácter se traducen en actos. Sin la mazmorra de San Marcos, ignoraríamos el alcance del espíritu de Quevedo. Por eso nos llegan tan al alma los pormenores de su cautividad.

Nos agrada saber—y de buena tinta—que á las siete de la mañana—con la glacial temperatura de León y del calabozo—ya estaba, no sólo levantado, sino vestido, el preso; que sus ropas eran sencillas.

llas, "aseo y no gala"; que fuera del lecho gastaba una hora en contemplación; que á las ocho le daba su criado el cálido y excitante desayuno, y que luego escribía hasta las diez, rezando de diez á once algunas devociones, y desde las once á las doce leyendo en autores buenos y malos, "porque no hay ningún libro, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algún lunar el de mejor nota." A las doce bajan á Quevedo la comida, y con la comida entra un religioso á dar compañía y conversación al preso: benignidad que, según Quevedo, se ejecutaba á espaldas del Conde Duque. Conversación y comida terminan á la una, y Juan, el criado de Quevedo, presta á su amo el apoyo de sus hombros para que ande algunos pasos en la prisión. Sigue al paseo breve siesta. A las cuatro bajan los religiosos á departir con Quevedo, durando la plática hasta las siete. Antes de las ocho y media rezan juntos amo y criado; sigue la cena, y á la cena nueva visita de los religiosos. A las diez se termina la acade-

mia, y Quevedo escribe hasta las doce. Su criado le desnuda y ayuda á entrar en la cama, y á su vez se acuesta el sirviente, en próximo aposento. Hasta la una, apagada ya la luz, conversan de cama á cama el amo y el mozo. A cosa de la una se rinde Quevedo al sueño; pero á las tres y media ya se despierta, azorado, estremeido; acerbo despertar, aun para los felices, este de las altas horas nocturnas, y cruelísimo sobre todo encarecimiento para los desdichados. — A fin de conjurar el tropel de ideas tristes, Quevedo enciende luz y lee. "Este género de estudio," —dice— "es el que más me aprovecha, pues el silencio de la hora, la aplicación con que lo ejercito, y el ningún ruido ni alboroto que pueda distraer la atención desta subterránea habitación, disponen se imprima tan fuertemente en la memoria cuanto leo, que es como imposible se escape de ella en muchos años lo que una vez recoge."

Poco después, ó compadecidos los religiosos ó algo aplacado el Conde Duque, se

le quitaron los grillos á Quevedo. Acaso sería por verle tan cerca de la sepultura que ya ningún mal tratamiento podía llevarle más allá. Mientras el satírico se consumía entre las cuatro húmedas paredes, devorándole el pecho las postemas, el Conde Duque corría precipitado al último acto de su tragedia política, unida de un modo estrecho á la de la patria, influyéndose recíprocamente ambos destinos, el del inmenso imperio y el del valido incapaz de sostenerlo, como Atlante, en sus hombros.—Y al saber por el cardenal Borja que se tambaleaba el poder de Olivares, declaró Quevedo, desde su cárcel, que no podía sonreír ninguna esperanza á quien se encontraba al borde de la huesa. “Veo ya abierto el hoyo de mi eterna prisión—escribía—y á cada momento me parece oír el *De profundis* por mi alma.”

Hasta medio año después de la estruendosa caída de Olivares, no logra Quevedo que se le abran las puertas de la jaula. Su vigorosa naturaleza le había permiti-

do resistir tantos males, y aún quedaba en su cuerpo un resto de fuerza y vida para saborear la libertad. Diríase al pronto que su buen humor reverdece, si se ha de juzgar por la desenfadada epístola que, recién salido de San Marcos, dirige al Duque de Lerma, y donde se chancea á costa de sus propios males y remedios, los baños de pez y resina que le ponen “en infusión de cohete.”

Buscando algún alivio, dirígese Quevedo á la Torre de Juan Abad, y aunque al pasar por Toledo y Consuegra era tal su demacración que le tuvieron por difunto, el aire puro y la quietud y regalo de la caza le aliviaron singularmente.—“Y mire vuesa merced,—dice á su corresponsal,—cuál debí de venir, pues cuando le digo que tengo mejoría, me duele la habla y me pesa la sombra.”

Mas no es ya la salud física de Quevedo lo que puede importarnos en estos últimos años de su peregrinación. Más tarde ó más temprano; años abajo ó arriba, al desenlace de la tumba se encaminan

los mortales, y Quevedo, después de tantos corrimientos y prisiones, no podía dilatar mucho el pago del común tributo. Lo que debemos considerar en el llagado viejo que expone sus entumecidos miembros al último rayo de sol que puede lucirle, es cómo ha quedado su alma; si la expiación la ha purificado, precipitando al fondo el sedimento de malas pasiones. En toda la correspondencia de Quevedo, desde su salida de San Marcos, no encontramos palabra de rencor ni insinuación de malévolas alegrías por la desgracia y proscripción de su perseguidor Olivares. Sin riesgo alguno podía insultar al caído: prefiere dictar la *Segunda parte de la vida de Marco Bruto*, lidiando con el agudísimo frío que le encoge y le hace tiritar junto al brasero. Y no es que le sean indiferentes los negocios públicos, ni que abrumado por las enfermedades vea correr con atónica mirada los sucesos; al contrario, dice á Don Francisco de Oviedo su valedor: "Nadie escribe de quienes quedará el gobierno en ausencia

de Su Majestad y del príncipe nuestro señor. Mire vuesamerced qué cuidados me matan á mi entre mis achaques, sin irme ni venirme.," No puede Quevedo extinguir ese interés siempre despierto en los que alguna vez tomaron parte en las luchas políticas. Acongójale los sucesos de la guerra, los peligros de Portugal, la porfiada resistencia de los catalanes, y algunas cartas de Quevedo de esta época —¡extraña analogía!— se asemejan muchísimo á las de la Venerable de Agreda, tan llenas de inquietud patriótica.

Había estado Quevedo el día de San Marcos del año 1645 sacramentado y con el pié en el estribo para el viaje sin regreso. No obstante, todavía su agradecida complexión le sacó á flote, y hasta pareció que su salud iba á restablecerse de un modo sólido. Abiertas y purgando copiosamente las apostemas que en el pecho tenía, encontróse tan consolado y aliviado, que empezó á esperar salir muy pronto de Villanueva de los Infantes y reunirse con su grande y honradísimo amigo

na, oro y encendida púrpura, sino en crepusculares girones de niebla, deshechos en lágrimas ó cruzados por el lívido serpiente del rayo abrasador...

Septiembre llega, nuncio del invierno, de la noche larga; Quevedo ya no quiere discurrir "en cosa de las guerras ni de las paces", señal cierta de que por esta vez se rinde y entrega á la muerte; y su última, breve y desfallecida epístola, sólo pide que le encomienden á Dios.—Pocos días después, la mano que escribía tal súplica se heló para siempre.

Así concluyó este hombre que tan bien nos representa y significa, en sus defectos y en sus cualidades. El alma colectiva española más late en Quevedo que en Cervantes; Cervantes pertenece á la humanidad, Quevedo á la patria. Al reflejarnos en el espejo de Quevedo, no nos hallamos hermosos, pero sí reales y vivos; y además, vemos tan claros y salientes los lunares de nuestra fisonomía, que seríamos harto torpes si no dedujésemos fácilmente la lección y la enmienda.



MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ

QUIEN juzgue de la valía de un escritor por el número y extensión de los artículos necrológicos que la prensa le consagra, podrá poner en la misma línea á Miguel de los Santos Alvarez que á Pedro Antonio de Alarcón. Y, sin embargo, Pedro Alarcón fué un clásico, un maestro, y Miguel de los Santos Alvarez sólo un aventajado discípulo, y discípulo toda la vida, y ocioso casi toda, y retirado desde hace mucho tiempo, por lo cual las letras, que al fallecer el autor de *El Escándalo* perdieron rico florón de su diadema de oro, al morir el autor de *La protección de un sastre* no experimentan — digase en puridad — modificación sensible.